

También él cuidaba ahora mucho de la compostura de su persona, perfumándose y peinando su bigote y sus negros cabellos.

Le parecía, como á todos los amantes jóvenes, que la vida acababa de abrirse para él desde el día en que había encontrado á su querida y que toda su existencia pasada no era nada.

IX

Cora también le amaba; pero el corazón tomaba poca parte en este amor.

.....
Era de la raza de mulatos de Borbony, había sido educada en la ociosidad sensual y en el lujo de las criollas ricas; pero siempre había sido mal mirada por las mujeres blancas, que desdeñaban su trato y la rechazaban como á una *joen de color*.

Las mismas preocupaciones de raza la habían seguido en San Luis, y aun cuando era la mujer de uno de los más ricos armadores del país, la consideraban como inferior, pues á pesar de su hermosura y posición, no podían olvidar su raza.

En París había tenido varios amantes de la aristocracia, porque su fortuna la había permitido hacer algún papel en Francia y probar el vicio del mundo elegante.

X

La mansión de Cora era una inmensa casa de ladrillo, que tenía el sello egipcio de los antiguos barrios de San Luis.

En la planta baja tenía grandes patios donde venían á tenderse en la arena los camellos y los moros del desierto, donde se mezclaban en extraño concierto los gruñidos de los animales, con la charla de los esclavos negros.

En el piso alto tenía interminables galerías sostenidas por columnas macizas y cuadradas como las columnas de Babilonia.

Se subía á las habitaciones por escaleras exteriores de piedra blanca, de un aspecto monumental.

Todo esto, tétrico, triste, como todo San Luis, ciudad que sólo vive de su pasado, colonia de otro tiempo que se acaba.

El salón tenía cierto aspecto señorial por sus grandes dimensiones, y su mobiliario del último siglo. Los lagartos azules, los gatos, las cotorras y las gacelas caseras se perseguían allí y jugueteaban sobre los ricos tejidos de Guinea; las sirvientas negras que le atravesaban con paso indolente, arrastrando sus sandalias, dejaban al pasar los olores acres de *soumaré* y de almizcle con que estaban perfumados sus amuletos.

Todo aquello respiraba la melancolía del destierro y de la soledad, sobre todo, por la noche, cuando los ruidos del día cesaban para dejar oír la queja eterna de las rompientes africanas.....

En la habitación de Cora todo era más risueño y más moderno. Los muebles y las colgaduras, acabadas de llegar de París, daban un aspecto elegante, fresco y confortable, y al entrar se respiraba el perfume de ricas esencias, compradas á los perfumistas de los boulevares.

Allí era donde Juan pasaba sus horas de embriaguez. Aquella habitación le hacía el efecto de un palacio encantado sobrepujando á todo lo que su imaginación había podido soñar de más lujoso y encantador.

Aquella mujer era su vida y toda su felicidad.

Por un refinamiento de crueldad, Cora había querido poseer el alma de Juan al mismo tiempo que su cuerpo, y con una zalamería de criolla, había representado con aquel amante, más joven que ella, una irresistible comedia de ingenuidad y de amor, con la cual había conseguido apoderarse de él por completo.

XI

Una negrita muy graciosa, de la que Juan no se

ocupaba nunca, habitaba la casa de Cora en calidad de cautiva. Esta negrita era Fatou-Gayé.

Había sido llevada á San Luis hacía poco tiempo y vendida como esclava por los moros Donaich, que la habían capturado en una de sus excursiones vandálicas en el país de los khassonkes.

Su gran malicia y su feroz independencia habían hecho que la señalasen un empleo muy inferior en el servicio de la casa. Era considerada, en fin, como una carga inútil y una adquisición deplorable.

No teniendo aún la edad en que las negras de San Luis juzgan conveniente vestirse, iba generalmente desnuda con un collar de grisgris al cuello y algunas cuentas de vidrio alrededor de las caderas. Su cabeza estaba cuidadosamente afeitada, salvo cinco mechoncitos retorcidos y engomados, semejantes á cinco rabos de ratón y colocados á intervalos regulares desde la frente hasta la parte baja de la nuca. Cada una de estas mechas terminaba por una cuenta de coral, excepto la del centro, que sostenía un objeto más precioso; era éste un zequí, de oro muy antiguo, que había debido proceder de Argelia.

Sin este extraño tocado las facciones de Fatou-Gayé hubieran llamado la atención por su regularidad y belleza. Era un tipo khassonke en toda su pureza; una linda figura griega con piel suave y negra como ébano barnizado, dientes de deslumbradora blancura, una extremada movilidad en los ojos en

los que brillaban dos hermosas pupilas de azabache sobre un fondo blanco azulado.

Cuando Juan salía de casa de su querida, encontraba casi siempre á aquella criatura.

En cuanto ella le veía, se envolvía en un paño azul—su vestido de gala—y se adelantaba hacia él sonriendo; con esa vocecilla aflautada de las negras tomaba entonaciones dulces y cariñosas, é inclinando la cabeza y haciendo movimiento de pajarillo enamorado, le decía:

—*May mau coper, souma toubab* (Dame cobre blanco mio.)

Esta era la cantinela de todas aquellas negritas. Juan estaba acostumbrado á ella y cuando iba de buen humor y tenía cinco céntimos en el bolsillo, se los daba á Fatou-Gaye.

Y lo más raro es que Fatou-Gaye, en lugar de comprarse un terrón de azúcar como las demás hubieran hecho, se escondía en algún rincón y se ponía á coser cuidadosamente en los saquitos de sus amuletos el dinero que la daba el spahí.

XII

Una noche de Febrero, Juan sintió que la sospechase apoderaba de su alma.

Cora le había rogado que se retirase antes de las doce de la noche, y en el momento de partir había

creído oír pasos en la habitación próxima, como si en ella hubiese alguien esperando.

Hizo que no lo notaba, y salió, y á los pocos minutos volvió á paso de lobo, andando sin ruido por la arena.

Escaló un muro para subir á la terraza, y una vez allí, se aproximó á un balcón que estaba entreabierto: era el de la habitación de Cora.....

.....
Alguien usurpaba su puesto al lado de su querida: un joven vestido de oficial de marina estaba allí como en su casa: medio tendido en un canapé y con aspecto de autoridad y de desdén.

Cora estaba de pie y ambos hablaban.

Al principio le pareció á Juan que hablaban en un idioma desconocido... eran palabras francesas sin embargo; pero no podían comprender su sentido. Aquellas frases le hacían el efecto de sardónicos enigmas cuyo sentido no alcanzaba á comprender... Cora tampoco era la misma, su expresión había cambiado y una impúdica sonrisa vagaba en sus labios, una sonrisa que él no había visto nunca.....

.....
Y el spahí temblaba... le parecía que toda la sangre había afluído á su corazón y sentía en su cabeza algo como el ruido del mar.

Se avergonzaba de estar allí, y sin embargo, quería quedarse y... comprender...

Por fin oyó su nombre... hablaba de él... Se aproximó, apoyándose en el muro, y oyó distintamente estas palabras:

—Hacéis mal Cora—decía el joven con voz tranquila y burlona sonrisa—pero la verdad es que ese muchacho es guapo y os ama con locura.

—Es cierto; pero yo quería dos, y os he escogido por que os llamis Juan como él. A no ser así, hubiera sido capaz de equivocarme de nombre al hablarle, por que soy muy distraída.....

Y Cora se aproximó al joven oficial.

Su expresión entonces cambió aún más.

Con todas las zalamerías enervantes y voluptuosas del acento criollo, le dirigió palabras en voz muy baja y le tendió sus labios aun calientes por los besos del spahi.....

Pero el oficial de marina había visto el rostro pálido de Juan Peyral, que los miraba por el balcón entreabierto y por toda respuesta se le señaló con la mano á Cora...

El spahi estaba allí, inmóvil, petrificado, fijando en ellos su estraviada mirada...

Cuando notó que se fijaban en él, retrocedió sin saber lo que hacía.

Cora había avanzado bruscamente hacia él con la

expresión indignada de una sultana estorbada por una mirada indiscreta.

Por fin llegó casi hasta él, y cerrando el balcón con un movimiento de ira corrió el cerrojo por detrás...

La mulata, la hija de esclava, acababa de reapareceren su atroz cinismo, bajo la mujer elegante y aristocrática, y como las de su raza, no había tenido ni remordimientos, ni miedo, ni piedad.....

La mujer de color y su amante oyeron como el ruido de un cuerpo que cae pesadamente al suelo, un ruido que tenía algo de siniestro en el silencio de la noche... y más tarde, hacia el amanecer, un sollozo detrás de aquel balcón y como el roce de unas manos que buscasen en la oscuridad donde apoyarse.

El spahi se había levantado y se alejaba apoyándose en el muro.....

XIII

Andando sin saber á dónde iba y hundiéndose en la arena hasta el tobillo, Juan se fué hasta Guetan'dar, la villa negra de millares de puntiagudas chozas.

Tropezaban sus pies en la oscuridad con hombres y mujeres dormidos en el suelo que, envueltos en paños blancos, le hacian el efecto de fantasmas.

Pronto notó que se encontraba cerca del mar por el

ruido de las rompientes. Distinguía el roce de los crustáceos que huían á su paso. Recordaba haber visto un cadáver en la playa despojado por completo de sus ropas y le asustó a aquel género de muerte.

Sin embargo, aquellas rocas le atraían; se sentía como fascinado por aquellas grandes volutas brillantes, ya plateadas por la indecisa luz de la mañana, que se extendían hasta perderse de vista.

Le parecía que su frescura había de aliviar su abrasada cabeza y que en aquella humedad bienhechora la muerte sería menos cruel.....

Después pensó en su madre y en Juana, la prometida de su infancia... y no quiso morir.

Se dejó caer en la arena, y un pesado y extraño sueño cerró sus ojos.....

XIV

Hacía dos horas que era ya de día, y Juan continuaba durmiendo.

El joven soñaba con su infancia, con los bosques de Cevenes. En aquellos bosques, aun más sombríos en la obscuridad de los sueños, veía imágenes confusas como lejanos recuerdos... El estaba allí, de niño, con su madre, á la sombra de las seculares encinas, y en aquel suelo cubierto de líquen y de plantas y gramí-

neas, recogiendo campanillas azules y brezos.....

.....
Cuando se despertó miró á su alrededor asombrado...

Las arenas brillaban bajo el sol tórrido, y algunas negras adornadas de sus collares y amuletos pasaban cantando.

Grandes buitres cruzaban silenciosamente el aire inmóvil, y las cigarras hacían gran ruido.....

XV

Entonces vió que su cabeza estaba resguardada por un tenderete de seda azul sostenido por una serie de varillas clavadas en la arena, cuyo tenderete proyectaba sobre él extrañas y cenicientas sombras.

Le pareció que los dibujos de aquel paño azul no le eran desconocidos.

Volvió la cabeza, y vió detras de él á Fatou-Gaye sentada y mirándole de hito en hito.

La negrita le había seguido, y había tendido sobre él su paño de lujo.

Sin aquella sombra el spahi hubiera tomado seguramente una insolación mortal, al dormir echado en arena.

Desde hacía algunas horas estaba allí, sentada en el suelo, en éxtasis, besando suavemente los párp-

30469

dos de Juan, cuando no pasaba nadie, temiendo que despertase y no poderle ya tener para ella sola; temblando al mismo tiempo que estuviese muerto, y dichosa tal vez de que lo hubiese estado, pues entonces le hubiera arrastrado lejos, muy lejos y hubiese estado con él mucho tiempo, hasta morir á su lado y abrazada á su cuerpo para que no los separasen más...

—Soy yo, blanco mío—dijo al verle abrir los ojos.—He cubierto tu cuerpo con mi paño por que sé que el sol de San Luis no es bueno para los *toubabs* de Francia... Yo sabía—continuó la negrita en una gerga difícil de entender y con expresivos ademanes—sabía que otro *toubabs* venía á verla... Anoche no me quise acostar para oírlos, y me escondí en la escalera debajo de...

Cuando caíste delante del balcón, te ví, y todo el tiempo que estuviste allí, lo pasé á tu lado. Después, cuando te levantaste, te he seguido.

Juan levantó hacia ella sus asombrados ojos llenos de dulzura y de reconocimiento.

El pobre joven estaba conmovido hasta el fondo de su corazón.

—No digas nada de esto, pequeña. Vuelve pronto, y no digas que me has visto. Vé á casa de tu ama cuanto antes, Fatou, que yo me voy también á casa de los spahís...

Y al decir esto la acariciaba del mismo modo que

al enorme perro que por las noches iba al cuartel á echarse con él en su cama de soldado.

Fatou-Gayé se estremeció al sentir las inocentes caricias de Juan, y con la cabeza baja y los ojos medio cerrados, recogió su paño de gala, le dobló con cuidado y se fué temblando de placer.

XVI

¡Pobre Juan! Sufrir era para él una cosa nueva. Se revolvía ante aquel poder desconocido que venía á destrozar sin piedad su corazón.

Rabia concentrada, rabia contra aquel joven que hubiese deseado deshacer entre sus manos; rabia contra aquella mujer á quien hubiese matado con gusto á fuerza de latigazos. Todo esto experimentaba, al mismo tiempo que una especie de necesidad material de movimiento, de emprender una carrera vertiginosa que no acabase nunca.

Los compañeros que le rodeaban en lugar de servirle de consuelo le exasperaban. Sentía sobre él sus miradas curiosas que eran ya interrogadoras, y que mañana tal vez se volverían irónicas.

Por la tarde pidió y obtuvo permiso para ir con Nyaor-fall á probar unos caballos hacia el norte de Berbería.

El cielo estaba muy nublado. Un cielo de invierno, como se vé pocas veces en aquel país.

Densos nubarrones, negros y bajos daban un aspecto siniestro y hacían aparecer la explanada de arena tan blanca, como si una sábana de nieve se hubiese extendido por el desierto.

Cuando los dos spahís pasaban con sus albornoces, arrastrados por la violenta carrera de sus caballos, algunos enormes buitres que se habían posado en el suelo huían asustados, y al tomar su azorado vuelo describían en el aire fantásticas curvas.....

Por la noche Juan y Nyaor volvieron al cuartel cubiertos de sudor y con los caballos estenuados por la fatiga.

XVII

Pero después de aquella sobreexcitación, vino la fiebre.

Entonces, ¡pobre Juan! le acostaron inerte en su colchoncillo gris.

Después le colocaron en unas parihuelas y le llevaron al hospital.....

XVIII

En la hora del medio día, el hospital está silencioso como la casa de un muerto.

¡El medio día!.. La cigarra canta y también cantan las negras con su voz chillona canciones soñolientas y vagas.

En toda la extensión de las desiertas esplanadas del Senegal, el sol lanza sus rayos de fuego.....

¡El medio día! En el hospital las largas galerías y pasillos están desiertos.

En la alta muralla del centro, tendida de blanquísima cal que á los rayos del sol deslumbra, el reloj marca las doce; alrededor de la esfera está escrita con tintas que el sol de Africa ha hecho palidecer, la triste inscripción latina: *Vitae fugaces exibet horas* («De la fugaz vida cuento las horas.»)

Las doce campanadas suenan tristemente con ese timbre conocido de los moribundos, con ese timbre que todos los que han ido á morir allí, oyen en sus febriles insomnios.

¡El medio día! ¡La hora terrible en que mueren los enfermos!

Parece que se respira en aquel hospital indefinibles emanaciones de fiebre, efluvios de muerte.....

En el piso alto, en una sala abierta, algunas personas cuchichean muy bajito.

Se oye el ruido, apenas perceptible, de los discretos pasos de la buena hermana que va andando con precaución.

La hermana Pacome, pálida y agitada habla con un médico y un sacerdote sentado á la cabecera de un lecho rodeado de un mosquitero blanco.

Por las ventanas abiertas se ve el sol, un sol deslumbrador y arena, siempre arena.

¿Va á morir el spahí? ¿Ha llegado el momento en que el alma de Juan va á cruzar el aire sofocante del medio día?.. ¿Dónde irá á posarse estando tan lejos de su hogar? ¿Dónde irá á desvanecerse?.....

Pero no. El médico que ha estado esperando largo rato, creyendo que habría llegado la hora suprema, acaba de retirarse muy despacito para no hacer ruido.

Han llegado las horas más frescas de la tarde y el viento de alta mar trae á los moribundos alguna calma.

¡Tal vez será mañana! pero ahora Juan está más tranquilo y su cabeza menos ardorosa!

En la calle, delante de la puerta del hospital, está

una negrita sentada en la arena, y cuando alguien pasa, hace que juega con las piedrecillas. Está allí desde por la mañana, tratando de no llamar la atención sin duda por miedo de que vayan á cogerla los esclavos de su ama. No se atreve á preguntar nada á nadie; pero sabe muy bien que si el spahí muriese le sacarían por aquella puerta para llevarle al cementerio de Sorr.

XIX

Juan tuvo aún fiebre durante una semana y delirio á las horas del medio día. Aún tenía miedo el doctor á la repetición del acceso; pero el peligro había pasado, la enfermedad estaba vencida.

¡Oh, qué horas esas del centro del día para los pobres enfermos! Sólo los que han tenido fiebre junto á esos ríos de Africa conocen esas horas de aletargamiento, de sueño y de muerte.

Un poco antes del medio día, Juan se durmió con ese sueño que tiene algo del no ser, turbado por visiones confusas, con persistentes impresiones de sufrimiento. De cuando en cuando experimentaba sensaciones de muerte y perdía por un instante la conciencia de sí mismo.

Hacia las cuatro se despertó y pidió agua; las visiones se iban borrando y retrocediendo hasta desvanecerse entre las blancas cortinas de la habitación.

Sólo le quedaba ya un horrible dolor de cabeza como si tuviese en ella plomo derretido; pero el acceso había pasado.

Entre aquellas figuras sonrientes ó serias, reales ó imaginarias que flotaban á su alrededor, dos ó tres veces, había creído reconocer al amante de Cora que, de pié, al lado de su cama, le miraba con dulzura y desaparecía en cuanto él levantaba sus ojos para mirarle.

Era un sueño sin duda, como eran sueño todas aquellas gentes de su país que había creído ver con expresiones extrañas y cuerpos deformes; pero ¡cosa singular! desde que había creído ver al joven marino de aquella manera, no sentía yá odio contra él.

Una noche.; pero no, aquella noche no soñaba; estaba allí, delante de él, con el mismo uniforme que llevaba en casa de Cora, con los dos galones que brillaban sobre su manga azul.

Juan le miró levantando un poco la cabeza, y extendió hacia él su brazo debilitado para convencerse si era sombra ó realidad.

Entonces el joven, viendo que le había reconocido, antes de desaparecer como de costumbre, tomó la mano de Juan y la estrechó diciendo:

—¡Perdón!

Dos lágrimas, las primeras, brotaron de los ojos del spahí, y ensancharon su oprimido pecho.

XX

La convalecencia no fué larga. Una vez pasada la fiebre, la juventud y la fuerza recobraron bien pronto sus derechos.

Pero el pobre Juan no podía olvidar, y sufría mucho.

A veces se apoderaba de él una loca desesperación y tenía ideas de venganzas casi salvajes; pero esto pasaba pronto, y el pobre spahí pensaba que sería capaz de todas las humillaciones que ella le impusiera con tal de poder volver á verla y á poseerla como antes.

Su nuevo amigo, el oficial de marina, iba de cuando en cuando á sentarse á su cabecera y le hablaba como á un niño enfermo, aún cuando era de su misma edad, poco más ó menos.

—Juan—le dijo un día con dulzura.—Mirad, voy á deciros una cosa que tal vez os sirva de consuelo. Os doy mi palabra de honor de que no he vuelto á ver á esa mujer... desde aquella noche que sabeis... Hay en esto muchas cosas que vos ignorais todavía; pero os aseguro que no tardareis en comprender que es una tontería tomarse tantos disgustos por tan poca cosa. En cuanto á mí, os hago el juramento de no volver á ver más á esa mujer.

Esta fué la única alusión que entre los dos jóvenes se hizo de Cora.

Aquella promesa calmó á Juan.

¡Oh! sí, ahora comprendía el pobre spahí que debía *ignorar todavía muchas cosas*; muchas cosas propias de otras clases de gentes que la que á él le había rodeado hasta entonces. Perversidades frías y refinadas que traspasaban los límites de cuanto alcanzaba su imaginación. Poco á poco, sin embargo, se iba aficionando á aquel amigo á quien no podía comprender, que era dulce después de haber sido cínico, y que lo decía todo con una calma y una tranquilidad inexplicables, ofreciéndole ahora su protección de oficial como compensación de las angustias que le había causado.

Pero ya no le importaban las protecciones ni los ascensos. Nada podía alegrarle. Su corazón, tan joven aún, estaba completamente lleno de la amargura de aquel primer dolor.....
.....

XXI

Es la una de la noche, y la casa de Virginia Escolástica, que es una taberna grande y oscura, estaba, como sucede en casas de mala fama, cerrada con pesadas puertas forradas de hierro.

Una lamparilla que exhalaba un olor fétido, ilumina

naba un confuso montón de cosas que se movían penosamente en la pesada atmósfera.

Uniformes rojos y desnudeces negras formaban extraños enlaces. En las mesas y en el suelo, vasos y botellas rotas entre mares de cerveza y alcohol.

La temperatura que allí reinaba era verdaderamente sofocante y casi no se podía respirar entre los olores del ajeno, de especias y de sudor negro.

La fiesta debía haber sido alegre y ruidosa sobre toda ponderación; pero en el momento de que hablamos, había concluido.

Ya no se oían ni cantares ni ruidos; había llegado el período del cansancio; á la alegría, había sucedido el embrutecimiento.

Los spahís estaban allí, unos con los ojos inyectados, la frente apoyada en las manos y estúpida sonrisa en los labios; otros, en aptitudes más dignas, procuraban revelarse contra la borrachera y levantaban la orgullosa cabeza revelando en sus rostros hermosos, cuyos ojos permanecían serenos aún, la tristeza y el desaliento.

Allí estaba también toda la pandilla de Virginia Escolástica, que se componía de negritas de doce años y también de negritos!

Prestando oído, hubiera podido escucharse fuera el lejano grito de los chacales que rondaban los alrededores del cementerio de Sorr, donde muchos de los que había allí no tardarían quizá en reposar pagando

así sus excesos. Virginia Escolástica, fea y cobriza, con los ásperos cabellos recogidos en una redecilla roja y más borracha que ninguno de los que estaban allí, tenía la rubia cabeza de un spahí entre sus manos y enjugaba la sangre que brotaba de una herida que tenía en la frente. El herido era un joven, alto, blanco y con cabellos dorados como las mías, y estaba allí tendido sin conocimiento, y Virginia, ayudada de un negro, rociaba su rostro con agua fresca y aplicaba á la herida compresas de agua y vinagre.

Y no era aquello por pura sensibilidad, no: de un momento á otro podía llegar la policía, y esto la ponía verdaderamente inquieta.

La sangre seguía corriendo, y á pesar de haber hecho cuanto les era posible no podían contenerla: ya el miedo había despejado de su borrachera á la vieja.

Juan estaba sentado en un rincón completamente embriagado; pero derecho en su asiento y con los ojos fijos y vidriosos.

El era el que había hecho aquella herida con un picaporte de hierro arrancado á una puerta el cual conservaba aún en su mano crispada é inconsciente del golpe que había dado.....

Desde hacía un mes que estaba curado, se le veía todas las noches en las tabernas á la cabeza de los más alborotados y de los más borrachos, imitando á los más cínicos y desvergonzados.

Después de aquel mes de sufrimiento, había recorrido un camino terrible. Había leído novelas en las que todo era nuevo para su imaginación. Además, había recorrido el círculo de las conquistas fáciles de San Luis, mulatas ó blancas de las que su belleza le había conquistado la posesión sin resistencia.

¡Y sobre todo se había hecho borracho!

¡Oh, vosotros los que haceis la tranquila vida de familia sentados junto al hogar, no juzguéis nunca á los marinos, á los spahis, á aquellos á quienes la suerte ha arrojado, con naturalezas ardientes, en condiciones de existencia anormales en medio del inmenso mar ó de los mas lejanos países del sol y sintiendo deseos, privaciones é influencias que ignoráis! ¡No juzguéis á estos desterrados ó errantes, cuyos sufrimientos, goces ó impresiones os son desconocidos!

Juan bebía más que ninguno de sus compañeros, bebía atrocemente.

—¿Cómo podrá beber tanto—decían todos á su alrededor—no teniendo costumbre?

Precisamente por que no tenía costumbre su cabeza era más fuerte y por el momento resistía más, lo cual le daba gran fama entre sus compañeros.

A pesar de todas sus bravatas, el pobre Juan no había podido acostumbrarse á la innoble prostitución negra, y cuando las pensionistas de Virginia Escolástica ponían sus manos sobre él, las separa-

ba con la punta de su látigo como á animales inmundos y las desgraciadas criaturas le consideraban como una especie de ídolo al que no podían acercarse.

Cuando había bebido, se hacía malo y era temible por su fuerza brutal y malos instintos.

Ahora acababa de herir á un compañero porque éste había dicho, como por casualidad, una frase burlesca respecto á sus amores y después no había vuelto á acordarse de nada y permanecía allí inmóvil con la vista fija y conservando en la mano el sangriento picaporte.....

De pronto sus ojos lanzaron un relámpago. Ahora era la vieja el objeto de su rabia inmotivada, y atacado de esa ira insensata de los borrachos, se levantó furioso y amenazador.

La vieja sintió un miedo horrible.

—¡Sujetadle!—dijo á los seres inertes que dormían debajo de las mesas.

Algunas cabezas se levantaron, y manos sin fuerza trataron de detener á Juan cogiéndose á sus ropas; pero el socorro no fué eficaz.

—¡A beber vieja bruja, á beber!—decía Juan—¡diablo negro, vieja horrible, á beber!..

—Sí, sí—decía ella con voz ahogada por el miedo—dices muy bien, á beber... ¡Sam, pronto, trae ajeno para *acabarle*, ajeno mezclado con aguardiente.

Virginia Escolástica en estos casos no miraba el gasto.

Juan bebió de un trago todo el contenido del vaso, y después de haberle arrojado contra la pared, cayó como herido por el rayo.....

Estaba *acabado, rematado*, como decía la vieja, y ya no era temible.

La vieja Escolástica era fuerte y se había despejado por completo. Así, que con la ayuda de su criada negra, cogió á Juan como una masa inerte y después de haber registrado todos sus bolsillos para robarle cuanto le quedaba, abrió la puerta y le arrojó fuera.

Juan cayó con los brazos extendidos y su rostro chocó con la compacta arena de la calle.

Y la *vieja*, vomitando un torrente de injurias monstruosas, cerró la puerta, que se juntó pesadamente y haciendo un gran ruido.

Ya no se oyó más que el viento que venía del cementerio, trayendo en el silencio de la noche el grito agudo de los chacales, el concierto siniestro de los *desenterradores* de muertos.

XXII

FRANCISCA PEYRAL A SU HIJO

«Mi querido hijo:

»No hemos recibido respuesta á nuestra carta y tu padre dice que empieza á estar con cuidado.